

Fernando Sanz-Lázaro

Más conocida que la ruda: una «planta medicinal» de uso cotidiano en su contexto¹

Universität Wien

fernando.sanz-lazaro@univie.ac.at

ORCID:0000-0002-8815-6741

La ruda es una planta medicinal que se menciona en numerosas obras literarias del Siglo de Oro y, no pocas veces, se recurre a ella para insinuar dobles sentidos. A pesar de ello, los comentaristas suelen pasar de largo o, si acaso, despachan la ocurrencia con un sucinto «planta medicinal» en una fugaz nota a pie de página. Sin embargo, la ruda es más que una simple *planta medicinal*. Aunque hoy no nos resulte familiar, en la temprana Edad Moderna se usaba con profusión y era por todos conocida.

Se trata de una planta herbácea aromática y de sabor amargo que crece silvestre a ambas orillas del Mediterráneo. Disfrutaba ya de cierta fama en la Antigüedad y, desde entonces, se le han ido atribuyendo una plétora de propiedades más o menos beneficiosas, aunque no todas ellas respaldadas por evidencia empírica. Aunque en Roma se apreciaba esta planta en la cocina, su uso más extendido —y el que mejor nos ha llegado— es el propiamente farmacológico. Este aspecto es el que vamos a presentar en las siguientes líneas, mas no desde la botánica o la química —no nos metamos en camisas de once varas—, sino mostrando algunas de sus apariciones en el universo literario².

En España y otros países del sur de Europa es posible encontrar la ruda en su

¹ Publicado como parte del proyecto FWF *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain* (FWF Austrian Science Fund, P32263-G30) y *Sound and Meaning in the Spanish Golden Age Literature* (P29115-G24). Muchas gracias a Wolfram Aichinger: ideas tuyas son tanto el tema concreto como la observación sobre la parquedad con que suelen tratarse los aspectos socioculturales en los aparatos críticos.

² Llegados a este punto, no está de más recordar que siempre conviene adoptar un sano escepticismo con respecto a lo que leamos en obras de ficción sobre plantas medicinales, especialmente si en la vida real pueden tener efectos letales: no lo intenten en su casa.

variedad agreste, pero durante la temprana Edad Moderna no era infrecuente su cultivo en latitudes más septentrionales como parte del herbario. Tanto de esta difusión allende su ámbito natural como de la estima en que se la tenía, nos da una buena muestra que en Inglaterra se conozca todavía hoy por el nombre común de *hierba de gracia*. Así queda para la posteridad en Hamlet. En esta obra culmen del teatro isabelino, Ofelia se presenta ante la reina con yerbas varias pronunciando las siguientes palabras.

There's fennel for you, and columbines. There's rue for you, and here's some for me. We may call it herb of grace o' Sundays. O, you must wear your rue with a difference. There's a daisy. I would give you some violets, but they withered all when my father died. They say he made a good end³.

Siendo la ruda una planta de uso tan común, el *Tesoro de la lengua* no puede sino hacerse eco de su existencia; recoge la voz en una entrada escueta pero cargada de datos interesantes, suficientes para hacerse una idea general sobre este vegetal a partir de la descripción de sus características más relevantes. No solo refiere el abolengo etimológico del nombre y las peculiaridades físicas del vegetal, sino que menciona tanto algunas de las virtudes medicinales como la fama de la que gozaba, recurriendo para esto último a un dicho popular. Al lector inquisitivo lo refiere a fuentes más especializadas a las que puede acudir para seguir tirando del hilo.

Esta hierba conocida y aunque de grave olor, tiene muchos provechos en sí; y por el mucho uso della y ser a todos tan común, decimos de alguna persona **ser más conocida que la ruda**⁴. Los griegos la llamaron *peganon* y los muy antiguos la solían llamar *rhyte*, de donde vino después a llamarse *ruta* en latín y en romance *ruda*. Verás a Dioscórides, lib. 3, cap. 48, y allí a Laguna. La comadreja habiendo de pelear con la serpiente come ruda⁵.

De su *grave* olor no nos cabe duda, pues numerosas fuentes así lo atestiguan. Para empezar, la toponimia urbana. La madrileña calle de la Ruda recibió ese nombre por discurrir junto al muro que cerraba el jardín del hoy desaparecido convento dominicano de la Pasión —sito en la esquina que hoy hacen las calles de Toledo y de las Maldonadas—. En este jardín cultivaban los frailes plantas medicinales, la ruda entre ellas, lo que no se les escapó a los vecinos. Estos, haciendo gala de su gracejo castizo, motejaron la calle con el nombre que hoy lleva, que terminó deviniendo en el oficial⁶.

Dejemos a un lado la objetividad del lexicón y el callejero e indaguemos en los

³ Shakespeare IV, 5, vv. 181-186. Ver nota 10.

⁴ Encontramos la expresión, por ejemplo, en *La Celestina*: «¡Jesú, señora, más conocida es esta vieja que la ruda!» (Rojas 115).

⁵ Cov., s.v. *ruda*. Negrita en el original.

⁶ Peñasco de la Puente y Cambróneros 438.

textos literarios auriseculares en busca de una impresión más vívida de esta interesante especie vegetal. Demos un primer paso pues adentrándonos en los pagos del género picaresco, ya que la *Vida del escudero Marcos de Obregón* resulta ser particularmente prolija en el tema que nos ocupa. En cada uno de sus dos volúmenes, encontramos una alusión directa al olor que desprende la ruda. Una de ellas ya nos da una buena pista *ad contrarium* sobre la cualidad de su aroma, pues el escudero lo contrapone al de la rosa.

Que la locuacidad, fuera de ser enfadosa y cansada, descubre fácilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacío de substancia, y manifiesta la poca prudencia del sujeto, y tiene tan buena gracia con las gentes, que jamás son creídos en cosas que digan porque, aunque sea verdad, va tan derramada, ahogada y desconocida entre tantas palabras, como el olor de una rosa entre muchas matas de ruda⁷.

La novela vuelve a insistir en este aspecto desagradable de la planta. En otro pasaje tiene lugar una conversación entre un oidor memorioso al que acompaña Marcos y un lenguaraz muchacho con el que se topan a su paso por un pueblecillo. La comicidad de la conversación se basa en los ingeniosos equívocos de los que se vale el mozo para sortear las preguntas del adulto.

Topamos con un muchacho medio rapado, que por andar no tanto como las cabalgaduras, en alcanzándole preguntole el oidor: «¿A dónde vas, mozo?». Él respondió: «A la vejez». Oidor: «No digo sino ¿qué camino llevas?». Muchacho: «El camino me lleva a mí, que yo no lo llevo a él». Oidor: «¿De qué tierra eres?». Muchacho: «De Santa María de todo el mundo». Oidor: «No te digo sino ¿en qué tierra naciste?». Muchacho: «Yo no nací en ninguna tierra, sino en un pajar». Oidor: «Bien juegas del vocablo». Muchacho: «Pues siempre pierdo, por bien que juego». Oidor: «Este muchacho no debe de ser parido como los otros». Muchacho: «No, porque nunca me he empreñado». Oidor: «Quiero decir, pues no dices dónde naciste, no debiste salir de madre». Muchacho: «¿Pues soy yo río para salir de madre?». Oidor: «a fe que no tenéis la lengua muy ruda». Muchacho: «Si fuera ruda no la trujera tan cerca de las narices»⁸.

Efectivamente, parece que la ágil lengua del muchacho es cualquier cosa menos ruda y, si pasamos por alto cómo retuerce los sentidos, encontramos que sus contestaciones desprenden sentido común aun cuando no responden al verdadero propósito de las inquisiciones. Si de este descarado chico hemos de fiarnos —y no veo por qué no habríamos de hacerlo—, concluiremos que deleitarse con la fragancia que exhala esta planta no es una idea muy afortunada.

⁷ Espinel I, 227-228.

⁸ Espinel II, 235.

En otras circunstancias, sin embargo, la fetidez del vegetal es una virtud incluso deseada. ¿Pero para qué iba a necesitar alguien de la hediondez? Lo cierto es que sí hay situaciones en las que esta cualidad demuestra ser útil y un buen ejemplo de ello son los exorcismos. En estos rituales se emplean elementos de olor desagradable e intenso como medio propiciatorio. Aquí es donde el valor de la ruda se lo confiere precisamente aquella de sus características que desprecian Marcos y el muchacho.

Fuera de que aunque fuese verdad que semejantes cosas naturales no obrasen inmediatamente en las espirituales, como son los demonios, pero son bastantes para obrar *mediatè, indirectè* o *dispositivè* por cuanto indirectamente conducen y disponen al energúmeno para la expulsión del demonio, como en otros ejemplos de la ruda y azufre bendito, etc., que se aplica[n] a sus narices —con tiento y moderación, se conoce⁹—.

Que la ruda gozaba también de predicamento entre el vulgo como arma contra las fuerzas maléficas viene a confirmárnoslo la pícara Justina, aunque no sin cierta incredulidad acerca de su eficacia: «Y advierto que es cosa de risa pensar que es cosa de importancia, ruda, ni salvia, ni otras destas cosas sólo naturales, pues no pueden impedir que el demonio chupe la sangre y se la dé a las brujas¹⁰». La misma bruja de ese pasaje lo ratifica cuando responde: «¡Ay, hija! Las matronas (que así llamaba a las brujas), las matronas no temen ruda ni salvia, poleo ni yerbabuena, sino conjuros de abad». No hace la pícara semejante manifestación en vano, pues la yerba resulta ser un arma de doble filo que lo mismo sirve al exorcista que se presta a las malas artes brujeriles. Esto último se observa en la siguiente acusación (no tan) velada de hechicería del Quijote de Avellaneda: «Y entre segura también la señora reina Cenobia, alias Bárbara, que gustaremos todos saber della cuál de las hierbas le da más fastidio de noche, la ruda o la verbena, que se coge la mañana de San Juan¹¹».

La fetidez de la ruda también era buscada para males más terrenales, aunque, al igual que sucede con los exorcismos, no era la planta por sí misma lo que dotaba de efectividad al tratamiento sino la intensidad de su olor. Esto debemos concluir al menos si atendemos a lo que dice Celestina, tal vez una de los personajes literarios más versados en el uso de este tipo de hierbas medicinales.

CELESTINA.—Deste tan común dolor todas somos, mal pecado, maestras; lo que he visto a muchas hacer y lo que a mí siempre aprovecha te diré. Porque como las calidades de las personas son diversas, así las melecinas hacen diversas sus operaciones y diferentes. Todo olor fuerte es bueno, así como poleo, ruda, ajensos, humo de plumas de perdiz, de romero, de moxquete, de encienso. Recibido con mucha diligencia, aprovecha y afloja el dolor y

⁹ Noydens 31.

¹⁰ López de Úbeda 876.

¹¹ Fernández de Avellaneda 436.

vuelve peco a poco la madre a su lugar. Pero otra cosa hallaba yo siempre mejor que todas, y esta no te quiero decir, pues tan santa te me haces¹².

De lo extendido que estaba el empleo de la ruda en ciertos ámbitos, nos da una idea lo que acontece en *El celoso prudente* de Tirso de Molina. Lisena y Diana están en un jardín de Praga aguardando la llegada del príncipe Sigismundo. Cuando por fin aparece el galán, la visita queda interrumpida por la llegada del padre de Lisena, que obliga al príncipe y su mozo a abandonar apresuradamente el lugar para evitar ser descubiertos. A pesar de su rapidez, un criado advierte la presencia de los dos fugitivos y así se lo hace saber a su amo. Este interroga daga en mano a la criada Carola, quien, ni corta ni perezosa, despacha con inusitada ligereza el expediente valiéndose de la siguiente excusa.

¡Ay de mí!
 Uno de la vecindad
 buscaba —aquesto es sin duda—
 de parte de la comadre
 (deja la daga desnuda)
 para cierto mal de madre
 unos cogollos de ruda¹³.

Parece claro que nos encontramos ante un código que el público comparte. La excusa es peregrina, casi cómica, pero no tanto por aludir a una situación absurda o siquiera implausible, sino precisamente por todo lo contrario: es demasiado obvio como para ser cierto.

No debemos llamarnos a asombro, pues la planta se ha usado desde la Antigüedad para tratar los males propios de la mujer. El médico griego Dioscórides describe este uso ginecológico aludiendo a las propiedades de la planta como remedio para los dolores uterinos, inductor de la expulsión del flujo menstrual y, además, como abortivo. En concreto, este último efecto ha dado que hablar entre los estudiosos del drama isabelino¹⁴ por la mención de Ofelia que hemos visto arriba. No sería muy aventurado suponer que la familiaridad de Celestina con la planta no se limitase a sus propiedades analgésicas. En su calidad de alcahueta, no cabe duda de que le habría resultado muy conveniente tener a mano un recurso para rectificar las consecuencias indeseadas del ejercicio de sus pupilas, tal vez de otras mujeres en un apuro semejante y dispuestas a pagar a Celestina por el servicio. Así lo sugiere al menos la descripción que se hace el *Quijote* apócrifo de una de sus colegas.

Tocaron luego las chirimías, y don Quijote, al son dellas, fue mirando a todos los balcones y ventanas, y vio en una que estaba

¹²Rojas 176.

¹³Molina vv. 854-860.

¹⁴Ver Hunt 2005.

algo baja a una honrada vieja, que debía sabe más de la propiedad de la ruda y verbena que de recibir joyas; la cual estaba con dos doncellas afeitadas de las que se usan en Zaragoza¹⁵.

Retornando al más popular uso analgésico de la ruda, este aparece por doquier en obras literarias publicadas a lo largo de los siglos XVI y XVII como remedio para los dolores uterinos menstruales. Y si su hedor no resultara suficiente, la planta suele aplicarse para este fin en combinación con otros elementos de olor igualmente desagradable e intenso, muy particularmente con lana quemada. El siguiente diálogo resulta más que ilustrativo al respecto.

CORTESANA.—Señora, y a mí, para la madre, ¿qué remedio me dais?

LOZANA.—Señora, es menester saber de qué y cuándo os vino este dolor de la madre.

CORTESANA.—Señora, como parí, la madre me anda por el cuerpo como sierpe.

LOZANA.—Señora, sahumaos por abajo con lana de cabrón, y si fuere de frío o que quiere hombre, ponedle un cerote sobre el ombligo, de gálbano y armoníaco y encienso y simiente de ruda en una poca de grana, y esto la hace venir a su lugar, y echar por abajo y por la boca toda la ventosidad. Y mire vuestra merced que dicen los hombres y los médicos que no saben de qué procede aquel dolor o alteración. Metedle el padre y peor es, que si no sale aquel viento o frío que está en ella, más mal hacen hurgándola. Y con este cerote sana, y no nuez moscada y vino, que es peor. Y lo mejor es una cabeza de ajos asada y comida¹⁶.

No debemos pensar que se trata de una costumbre italianizante, pues es la andaluza la que proporciona el medicamento a la italiana y no al contrario; por el resto del pasaje, sabemos que este tratamiento es un conocimiento que custodia la Lozana y que les resulta ajeno a los otros personajes, que requieren de su ciencia. Tampoco podemos circunscribirlo a una etapa temporal concreta, pues el padecimiento sigue tratándose en los textos literarios más de un siglo más tarde con los mismos remedios: ruda y lana quemada.

Le ha tocado a rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible, que no ha dejado ruda en la vecindad, lana ni papel quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trescientas cosas más, y a él le ha dado, de andar en camisa, un dolor de ijada, con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer¹⁷.

El *Entremés del marido hasta el infierno*, incluido en las *Aventuras de don Fruela*, es

¹⁵ Avellaneda 233

¹⁶ Delicado 286-287.

¹⁷ Vélez de Guevara 87-88.

una parodia del mito de Eurídice y Orfeo que vuelve a reproducir los mismos métodos presentados hasta ahora para aliviar malestares femeninos. Aunque con tintes ciertamente misóginos, aborda la cuestión con detalle tanto en la descripción del analgésico como de la vívida impresión olfativa que produce a quienes se encuentran en las inmediaciones. Ruda y lana quemada siguen siendo el remedio por antonomasia contra los dolores menstruales.

Y tras todo aquesto ver
cuando está con mal de madre
camuzada una mujer,
oliendo a ruda y aceites
y con achaques del mes,
oliendo a lana quemada
y a cosas que a Lucifer
dieran asco, y afeitada
huela a albayalde, y también
huele a tantas porquerías
que aun el demonio con ser
el espíritu más sucio
no sufrirá una mujer:
mas yo voy a verla arder¹⁸.

Aparte de desprender un fuerte olor, de ser un poderoso contraveneno —como indica Covarrubias y confirma Dioscórides— y poseer discutibles propiedades sobrenaturales, se consideraba que la ruda era efectiva contra las enfermedades de la vista o los trastornos gastrointestinales¹⁹. Y a esos usos tradicionales debieron añadirse otros con el paso de los años, pues la Lozana también se la da a Prudencia para tratar la sordera²⁰. Asimismo, además de sus múltiples aplicaciones en el ámbito fisiológico, la planta encontró también usos como remedio al mal de amores. Lo vemos en Ovidio²¹, quien recomienda explícitamente su consumo como tratamiento para aplacar el deseo sexual.

Mira, incluso te doy lo que debes comer y lo que debes evitar para cumplir todas mis obligaciones médicas. Las cebollas, sean italianas o las que te traen de la costa libia o de Megara, todas son perjudiciales para ti. No es menos oportuno evitar la salaz rúcula y cualquier otra cosa que predisponga nuestros cuerpos para la lujuria. Es mejor comer ruda, que mejora la vista, y cualquier otra cosa que aparte nuestros cuerpos de Venus²².

¹⁸ Quirós 159-60.

¹⁹ Dioscórides. lib. III, cap. 52 (no en el 48 que indica Covarrubias). La otra referencia del *Tesoro* es a las anotaciones que hace Laguna del primero.

²⁰ Delicado 441.

²¹ Desafortunadamente, el poeta latino no hace mención del aroma de la planta pese a su famoso apéndice nasal dícese que de proporciones gongorinas.

²² *Rem.* vv. 795-802 (traducción propia).

Algo de esto hallamos también en *El acero de Madrid* de Lope de Vega. En esta comedia, los hidalgos Lisardo y Octavio compiten por los amores de Belisa, aunque el último cuenta con más posibles y la bendición del padre de la dama. Beltrán, criado de Lisardo, se hace pasar por médico como parte de un plan pergeñado por Belisa para poder verse con Lisardo. De esta guisa, Beltrán se halla en la tesitura de tener que proporcionar a Octavio un antídoto para su mal de amores: le receta nada menos que ruda. Beltrán, podríamos suponer, pretende así enfriar el fervor romántico de Octavio a la vez que interpreta airoso su papel.

Haga que cuezan romero,
ruda y tomillo salsero
en media azumbre de vino,
y átenselo en un tobillo,
que podrá dormir mejor²³.

En definitiva, la ruda es una planta que, más allá de sus propiedades farmacológicas, resulta notable por el tratamiento que recibe en las letras: ora santa en manos del exorcista, ora diabólica en las de la bruja; ora remedio contra los dolores del cuerpo, ora alivio de los padecimientos del alma. Este componente imprescindible del herbario de la *Celestina*, cuya alcurnia literaria se remonta a los clásicos, nos abstrae del origen natural de su principio activo. Sin embargo, en tiempos no tan lejanos, cuando conocer las plantas medicinales y sus propiedades era poco menos que una necesidad, al lector —o al público de la representación— no se le habrían pasado por alto las implicaciones que acarrea la mención de tal o cual hierba de uso cotidiano.

Una gran parte de aquel conocimiento consuetudinario nos resulta ajeno a los lectores modernos, algo de una época pasada. Por eso hoy es más necesario que nunca indagar en el contexto en el que cada objeto se enmarca en su época, y con mucha más razón si ha dejado de ser de uso cotidiano. Solo así podemos hacernos una idea de las connotaciones que acompañaban a cada cosa y trascender el texto para aprehender a las gentes y el tiempo que en él se representan. Sirvan pues estas líneas de nota a pie de página que nos acerque, aunque sea un poco, a aquel saber popular de antaño cuando nos crucemos con otra mención a la *ruda*.

²³ Vega vv. 189-193.

Referencias

- Covarrubias Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. 1630. Editado por Ignacio Arellano y Rafael Zafra, 2.^a ed., Iberoamericana/Vervuert, 2020.
- Delicado, Francisco. *Retrato de la Lozana andaluza*. 1528. Editado por Claude Allaire, 5.^a ed., Cátedra, 2007.
- Dioscorides, Pedianos. *De materia medica*. Ibidis, 2000.
- Espinel, Vicente. *Vida de Marcos de Obregón*. 1618. Editado por Samuel Gili Gaya, vol. I, Espasa-Calpe, 1959.
- . *Vida de Marcos de Obregón*. 1618. Editado por Samuel Gili Gaya, vol. II, Espasa-Calpe, 1959.
- Fernández de Avellaneda, Alonso. *El Quijote apócrifo*. 1614. Editado por Alfredo Rodríguez López-Vázquez, 1.^a ed., Cátedra, 2011.
- Hunt, Maurice. «Impregnating Ophelia». *Neophilologus*, vol. 89, n.º 4, 2005, pp. 641-63. <https://doi.org/10.1007/s11061-005-5284-0>.
- Laguna, Andrés. *Annotationes In Dioscoridem Anazarbeum*. Guillaume Rouillé, 1554.
- López de Úbeda, Francisco. *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*. 1605. Editado por David Mañero Lozano, Cátedra, 2012.
- Molina, Tirso de. *El celoso prudente*. 1630. Linkgua, 2021.
- Noydens, Benito Remigio. *Practica de exorcistas y ministros de la iglesia, en que se trata de la instruccion de los exordismos, para lançar, y auyentar los demonios y curar espiritualmente todo genero de maleficio y hechizos*. Mateo Fernández, 1661.
- Ovidius Naso, Publius. *Amores. Medicamini faciei femineae. Ars amatoria. Remedia amoris*. S. I d.C. Editado por Edward J. Kenney, Oxford UP, 1995.
- Quirós, Francisco Bernanrdo de. *Obras y Aventuras de don Fruela*. 1656. Editado por Celsa Carmen García Valdés, Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- Peñasco de la Puente, Hilario y Cambroner, Carlos. *Las calles de Madrid: noticias, tradiciones y curiosidades*. Enrique Rubiños, 1889.
- Rojas, Fernando de. *La Celestina*. Editado por Francisco J. Lobera et al., Real Academia Española, 2021.
- Shakespeare, William. *Hamlet*. 1600–1601. Editado por Terence John Bew Spencer, Penguin Books, 2015.
- Vega, Lope de. *El acero de Madrid*. Editado por Julián González-Barrera, 1.^a ed., Cátedra, 2020.
- Vélez de Guevara, Luis. *El diablo cojuelo*. 1641. Editado por Enrique Rodríguez Cepeda, 7.^a ed., Cátedra, 2016.